

El asalto silencioso

Cómo las corporaciones
derrocaron a la democracia

Claire Provost
Matt Kennard

Traducción de Luis Sarabia Torres



bauplan

bauplan | meta·polis

Título original de la obra:

Silent Coup. How Corporations Overthrew Democracy (2023)

Publicado bajo acuerdo con Bloomsbury Academic

© bauplan 2023

© Luis Sarabia Torres por la traducción

Corrección ortotipográfica y de estilo: Fernando Ballesteros

ISBN: 978-84-127687-0-1

Depósito legal: M-31816-2023

Diseño de portada: VERY GOOD IMAGE

Maquetación: Ignacio Rubio

Impreso en ESTUGRAF

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

Índice

<i>Tintín contra los amos del mundo</i> , prólogo de Luis Doncel	9
Reconocimientos	15
Introducción: La reunión	17
PRIMERA PARTE: Justicia corporativa	23
1. Juicio a la democracia	25
2. Tribunales corporativos	39
3. Seguro secreto	53
4. Carta magna capitalista	67
5. El bumerán	79
PRIMERA PARTE: Bienestar corporativo	93
6. El negocio de la ayuda	95
7. Financiar el «desarrollo»	109
8. Poder adquisitivo	123
9. Ayudando a las élites	137
10. Un nuevo continente	151
TERCERA PARTE: Utopías corporativas	165
11. Levantando vallas	167
12. Un invento irlandés	179
13. Derechos suspendidos	191
14. Ciudades privadas	205
15. Las finanzas mandan	219

CUARTA PARTE: Ejércitos corporativos	233
16. Paz sin democracia	235
17. Beneficios contra campesinos	249
18. Fronteras privadas	263
19. Protección privada	277
20. Jugosas amenazas	291
Epílogo	305
Notas	311

PRÓLOGO

Tintín contra los amos del mundo

LUIS DONCEL

Uno no puede evitar sentir cierta envidia al leer las aventuras que Claire Provost y Matt Kennard narran en *El asalto silencioso*. A primera vista, este libro aparece como un sesudo análisis económico sobre el poder desatado de las grandes empresas y lo inermes que ante ellas se sienten los gobiernos. Y en cierto modo lo es. Pero también se trata de una vibrante investigación periodística que hace viajar al lector desde Londres a destinos como El Salvador, Tanzania, Camboya o China; y que a veces recuerda a los tebeos que leíamos de pequeños en los que un joven reportero se recorría medio mundo para desmontar los planes destructivos del villano de turno. O a las películas en las que los policías que investigan un crimen dibujan en la pared un mapa con la esperanza de que, si unen la línea de puntos de las pruebas, acaben por resolver el misterio. La gran diferencia es que en esta ocasión el triunfo del héroe no está garantizado. Más bien al contrario.

Como unos tintines del siglo XXI, Provost y Kennard viajaron desde 2014 a 25 países de Europa, África, Oriente Próximo, Asia y América. Las innumerables idas y venidas, durmiendo a veces en lugares de mala muerte y tirando de un hilo de contactos que parece no tener fin, no les han servido para desenmascarar a los Rastapopoulos del mundo actual: este libro no pone cara a los responsables

de que la desigualdad se haya disparado en las tres últimas décadas, las que han transcurrido desde el hundimiento del telón de acero.

Nuestros dos investigadores no señalan a los responsables del estado actual de las cosas, pero sí hacen un listado de abusos concretos cometidos en todas las esquinas del mundo por empresas y organismos multilaterales que viven del dinero público. Este resumen de los horrores del turbocapitalismo sirve como guía rápida para explicar el poder omnímodo que han adquirido en las últimas décadas las grandes corporaciones.

También muestra con la precisión de un reloj los mecanismos que permiten a estos señores del dinero protegerse de los damnificados por sus acciones, hombres y mujeres que a veces tienen la sorprendente manía de protestar por el saqueo de sus recursos naturales. Y que, solo en contadas ocasiones, logran salirse con la suya. El libro cuenta varios casos de asesinatos a activistas medioambientales, representantes de ONG o sindicalistas.

El asalto silencioso analiza con un lenguaje directo cómo el entramado legal internacional construido después de la Segunda Guerra Mundial protege de una forma desproporcionada a los inversores internacionales, facilitando demandas millonarias contra los gobiernos que no se pliegan a sus deseos. Pese a que estos mecanismos se han dirigido principalmente contra los países pobres, desde los años noventa las demandas de inversores internacionales también han lastrado la acción de gobiernos occidentales. «El sistema está fuera de control», asegura el abogado salvadoreño Luis Parada. «¿Qué posibilidades nos quedan si nuestros gobiernos pueden ser demandados por hacer cumplir las normativas medioambientales que afectan a los beneficios empresariales?», se preguntan los autores.

El libro estudia además la cara menos conocida de la ayuda al desarrollo. Tras el supuesto propósito de reducir la pobreza en el mundo, estos fondos acaban muchas veces llenando los bolsillos de unas empresas ávidas de beneficios.

Sirve también para desmontar el mito de prosperidad generalizada que rodea a las zonas económicas especiales (ZEE), una figura legal nacida en 1959 en la localidad irlandesa de Shannon y que se expandió a principios de los ochenta a China —inaugurando el hasta entonces inédito cóctel que resulta de mezclar el capitalismo feroz con una férrea dictadura comunista— y más tarde a muchos otros países en vías de desarrollo.

INTRODUCCIÓN

La reunión

Llegaba tarde y parecía cómicamente desorganizado, aunque también decidido y carismático. A la vez desubicado y relajado. Todo en él, desde su actitud hasta su aspecto —despeinado, americana oscura de *tweed* sobre camisa arrugada—, era exactamente lo que uno imagina cuando piensa en un veterano y polémico periodista de investigación estadounidense.

El escenario era un pequeño y concurrido restaurante del centro de Londres con las paredes cubiertas de paneles de madera oscura y un menú de rústicas comidas inglesas. Era la hora del almuerzo de un día laborable y el comedor estaba abarrotado de gente de las oficinas cercanas, absorta en sus propias conversaciones. Parecía el escenario apropiado para la reunión que cambiaría la vida de unos jóvenes y ambiciosos periodistas que querían lo que a este hombre parecía sobrarle: un impresionante historial de investigación, pero también una vida de aventuras e ideales, además de una comunidad de camaradas a la vez «alborotadores» y amigos cercanos.

Solo nos habíamos reunido con Gavin MacFadyen una vez, con ocasión de nuestras entrevistas para los puestos de becarios en el Centro de Periodismo de Investigación (CIJ, por sus siglas en inglés) de Londres, fundado por él mismo en 2003 para fomentar reportajes de investigación importantes y difíciles.¹ En el momento de la reunión ya habíamos leído todo lo que estuvo a nuestro alcance sobre él y su historia. Había cubierto las protestas por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos, así como la revolución nicaragüense, antes de trasladarse a Londres y darse más a conocer por su apoyo a WikiLeaks y Julian Assange. Nos seducía la idea de sumarnos a su mundo de temerarios y pin-

torescos personajes. Personas que creían en lo que hacían y corrían riesgos reales.

Gavin fue íntimo amigo de reporteros, informantes y *whistle-blowers* siempre prestos a destapar abusos de poder. Había formado parte del CIJ gente como Sarah Harrison, que se convirtió en editora de WikiLeaks y estrecha colaboradora de Assange antes de ayudar a Edward Snowden a escapar de Hong Kong en 2013.² O Daniel Ellsberg —que filtró los papeles del Pentágono— y las componentes de la banda rusa de punk feminista Pussy Riot, que se unieron a él para asesorar a la nueva Courage Foundation en su defensa de quienes denuncian la injusticia en todo el mundo.³

También fue un feroz defensor de Chelsea Manning, la analista de inteligencia del Ejército estadounidense que filtró a WikiLeaks archivos sobre las guerras de Irak y Afganistán. Uno de esos archivos consistía en un vídeo que mostraba a soldados matando entre risas a una docena de civiles desarmados, entre los cuales había dos trabajadores de la agencia de prensa Reuters.⁴ El precio que pagó fue altísimo: siete años de cárcel, a veces en vigilancia de prevención de suicidio, bajo condiciones «cruels, inhumanas y degradantes», según expertos de Naciones Unidas.⁵

Ese era, pues, el tipo de personas de las que parecía rodearse. Cuando debatían el papel del acceso público a la información en democracia no era cuestión de retórica. El periodismo de investigación, escribió Gavin, exige «la indignación moral de un reportero ante la injusticia, la incompetencia, la brutalidad y la miseria».⁶ Al mismo tiempo advertía que, para muchos periodistas, su trabajo «es simplemente un empleo. Lo que les interesa son las cenas con los poderosos y actuar como sus perritos falderos. Los que desean apasionadamente dar voz a quienes carecen de ella y luchan contra la hipocresía y la explotación son lamentablemente escasos». Le preocupaban las consecuencias para los sectores más amplios del público, que suelen carecer de perspectiva crítica sobre las actividades del poder en nuestras sociedades. Él y su entorno estaban decididos a hacer algo al respecto.

Ambos habíamos sido seleccionados para las becas de Gavin en el CIJ tras responder a un ambiguo anuncio que ofrecía dos años de empleo y sueldo —y presupuesto para viajes— para hacer periodismo de investigación de interés público sobre, al parecer, lo que quisiéramos.

Durante la entrevista, Gavin no hizo las preguntas típicas ni mostraba demasiado interés en nuestros currículums o éxitos anteriores. En su lugar, nos planteó situaciones hipotéticas. «Imaginad que os dan un chivatazo», dijo. «Aumentan las tasas de cáncer cerca de un vertedero industrial. ¿Qué haríais a continuación? ¿Cómo saber si realmente tenéis una buena historia entre manos?».

O nos ponía en aprietos, sonriendo mientras alteraba rápidamente las situaciones propuestas: «Imagínate que descubres que se ha ocultado un estudio de impacto ambiental crucial y que su autor quiere que se divulgue esa información. Pero está al otro lado del mundo y le preocupa compartir información por correo electrónico. ¿Qué haríais?».

Nacido el día de Año Nuevo de 1940, Gavin tendría 74 años cuando nos conocimos, más del doble de nuestra edad. Había hecho más de cincuenta documentales, entre ellos algunos para la BBC y PBS Frontline, sobre temas que iban desde la violencia neonazi al fraude electoral. También había trabajado como actor y productor en Hollywood, colaborando en películas de Michael Mann como *The Insider* (*El dilema*), protagonizada por Russell Crowe en el papel de un famoso denunciante en un caso corporativo.⁷

Pero, aunque tenía toda una vida de experiencias impresionantes, no daba la sensación de ser arrogante ni pretencioso. Enseguida nos dimos cuenta de que carecía del ego y el esnobismo de otros periodistas veteranos, que a menudo parecen despreciar a reporteros mucho más jóvenes o que apenas comienzan a encontrar su propia voz. Se rio a carcajadas durante nuestras primeras entrevistas, que (algo poco habitual en las entrevistas de trabajo) nos parecieron demasiado breves.

Nos entusiasmó enterarnos de que nos habían dado las becas. Los detalles seguían siendo escasos, pero la fecha de inicio era «lo antes posible», y por eso estábamos en el restaurante aquel día. Gavin había propuesto que nos reuniéramos para almorzar, presumiblemente para tratar en qué consistirían nuestros nuevos puestos. Mientras le esperábamos, comparamos las preguntas prácticas que habíamos preparado. Queríamos parecerle aplicados a nuestro nuevo jefe.

Cuando Gavin apareció y se sentó a nuestra mesa, señaló nuestros cuadernos y bolígrafos y se rio entre dientes: «Guardad eso».

En lugar de detalles, ese día quería tratar algunas cuestiones de fondo. ¿Qué nos apasionaba investigar y por qué? «Podéis hacer lo

que queráis, ir a donde queráis, pero haced que valga la pena», nos animó. «Incluso podéis decidir trabajar en equipo», nos dijo con una sonrisa. «Quizá sea divertido».

Aunque ambos habíamos visto a Gavin una vez en nuestras entrevistas anteriores, no nos conocíamos y pronto nos dimos cuenta de que ese era el propósito de nuestro almuerzo. Cuando fue nuestro turno de hablar, vimos que esa reunión inusual, sin toma de notas ni temas concretos, en realidad había sido cuidadosamente planeada por el inusual personaje que teníamos ante nosotros. Teníamos demasiados intereses y preocupaciones en común, y pensamos entonces que no podía ser una coincidencia.

Claire había trabajado en *The Guardian*, uno de los principales periódicos británicos, como periodista de datos. Allí había investigado, entre otras cosas, la ayuda internacional y el dinero destinado al desarrollo, así como el modo en que grandes empresas se han beneficiado de esos presupuestos.⁸

Matt había trabajado anteriormente en *The Financial Times* y había escrito un libro sobre cómo el Ejército estadounidense reclutaba neonazis, pandilleros y delincuentes para luchar en la «guerra contra el terror».⁹ Además, había dedicado tiempo a seguir las polémicas en torno a las instituciones internacionales de desarrollo y había elegido como su siguiente objetivo una rama del Banco Mundial que invierte en empresas privadas. Claire la conocía bien: también estaba en su lista de entidades a las que echar un ojo.

No queríamos que aquel almuerzo terminara, aunque no averiguamos demasiadas novedades sobre las becas para las que habíamos sido seleccionados. Acabaríamos por acostumbrarnos a esa mezcla de entusiasmo y falta de claridad después de las reuniones con Gavin. Sin embargo, una cosa estaba clara: no nos iba a decir lo que teníamos que hacer, no como un jefe normal. Puede que nos diera inspiración u orientación, pero dependía de nosotros aprovechar al máximo la oportunidad.

No lo sabíamos entonces, pero aquel almuerzo a finales de la primavera de 2014 dio inicio a una colaboración que abarcaría muchos años y continentes. Utilizaríamos hasta el último penique de nuestro presupuesto para viajes estirándolo al máximo: cogeríamos los vuelos más incómodos, nos alojaríamos en los hoteles más baratos y, siempre que fuera posible, haríamos autostop con otras personas

que fueran en la misma dirección. En total visitamos 25 países de Europa, África, Oriente Próximo, Asia y América, además de sumergirnos en archivos históricos.¹⁰

Lo que encontramos sorprendió incluso a Gavin. A medida que los imperios europeos se desmoronaban en el siglo XX, las estructuras de poder que habían dominado aquel mundo se renegociaban. No obstante, en lugar del triunfo de la democracia, lo que surgió fue un asalto silencioso a sus fundamentos, a saber: el imparable ascenso del poder corporativo mundial y de nuevas estructuras para protegerlo de los que quisieran rebelarse. Personas que estaban en la primera línea de las luchas locales a lo largo y ancho del mundo nos explicaron las consecuencias actuales de este asalto al poder, al tiempo que los archivos y documentos históricos nos revelaron sus orígenes. El resultado es este libro: una guía sobre el auge de los imperios corporativos supranacionales que hoy en día dictaminan la asignación de los recursos, cómo se gobiernan los territorios, cómo se define la justicia y quién se libra de ella.

Nuestra primera gran investigación surgió a raíz de una llamada telefónica inesperada. Nos condujo a un sistema jurídico internacional poco conocido, pero poderoso, a través del cual las grandes corporaciones y los inversores extranjeros interponen demandas a los gobiernos por valor de miles de millones de dólares. Aprendimos sobre el terreno cómo los casos canalizados a través de este sistema han retrasado y, en algunos casos, anulado medidas adoptadas para proteger la salud pública y el medioambiente y construir un futuro más justo e igualitario.

A continuación, nos centramos en el sistema internacional de ayuda al desarrollo, en el que ambos habíamos querido adentrarnos desde el principio, para saber cómo ha ayudado a las empresas a expandirse (o las ha rescatado cuando han tenido problemas). Más allá de los beneficios empresariales, vimos cómo estos sistemas legales de protección corporativa apoyan a nivel mundial el control y la influencia que las empresas ejercen sobre las sociedades, algo que reaparecía una y otra vez en nuestras investigaciones, ya fueran sobre la cesión de terrenos a grandes compañías o sobre el incremento de la seguridad privada a nivel internacional.

Desde Sudáfrica hasta Myanmar (también conocida como Birmania), estos sistemas y sus ramificaciones han funcionado para aislar de la democracia a las grandes empresas y las élites adineradas.

Son el producto de planes ambiciosos y de largo alcance para remodelar el mundo.

Esta historia va de mucho más que de escándalos parlamentarios (o de una larga serie de ellos). Trata sobre quién controla *realmente* el poder y toma las decisiones en el mundo actual. Trata sobre las reglas del juego, cuándo se hacen excepciones o quién las impone. Trata sobre justicia corporativa, bienestar corporativo, territorios corporativos y ejércitos corporativos, a escala global. Es una historia que te concierne, independientemente de donde vivas.

Londres, donde nos habíamos conocido, nos parecía cada vez más un lugar especialmente apropiado para instalarnos mientras trabajábamos en este proyecto. Cada uno de los sistemas que investigamos se había expandido más o menos al mismo tiempo, tras la Segunda Guerra Mundial, cuando los movimientos independentistas de los países más pobres amenazaron la continuidad del dominio británico y de otras potencias imperiales.

Las élites capitalistas de Europa, incluidas algunas de las principales figuras del Reino Unido y Alemania, se pusieron en marcha para protegerse y construir nuevas estructuras que defendiesen sus intereses empresariales. Desde entonces, esta estructura se ha globalizado, sin la mediación de debates democráticos y socavando la acción democrática en todo el mundo.

Algunos de los personajes de esta historia son bien conocidos, como Cecil Rhodes y Margaret Thatcher, pero muchos de sus protagonistas —los arquitectos de los imperios corporativos internacionales y los activistas de las comunidades locales que se oponen a su impacto— no lo son. Entre esos personajes figuran magnates ingleses y oligarcas asiáticos, así como abogados, banqueros, economistas... y, en el otro bando, el de la resistencia mundial, un variopinto grupo de personas que nos recordaban a Gavin, con la misma capacidad para mezclar la seriedad y la alegría.

Lo más importante es que lo que hemos descubierto no es un secreto para todo el mundo: las élites ya conocen esta historia, o buena parte de ella. También la conocen los ciudadanos de a pie que luchan en primera línea en todo el mundo. Su lucha les ha convertido en expertos, aunque sus opiniones rara vez lleguen a los titulares.